

sión definitiva del libro, ofrezco algunas observaciones acerca de *Limaduras del sol*, el segundo libro de poesía editado por Castillo, además de *Garra de gorrión* (1980), *Fundación y rupturas* (1985), y *Relatos del mundo o la mariposa incendiada* (1985).

El título del libro proviene del último poema (en prosa) que funciona dentro del contexto global de la obra como suerte de epílogo y *ars poética*. Los versos siguientes del poema titular captan a mi juicio el tono general y el defecto principal que encuentro entre los poemas incluidos en el libro:

Son esos poemas oscuridad a los ojos.
Insuficiente es el secreto del fuego para
decir el poema.

Se puede horadar el verso. Obstaculizar la
imagen. Dislocarla. Aflojar la cuerda de
sus palabras. Y aún así no llegar al poema.

¿Verificar el poema? ¿Estandarizar el
poema? ¿Arrinconar el poema? ¿Satura-
ción? (págs. 39-40).

Es discutible que los versos escuetos que predominan a través del libro sean limaduras o el producto destilado de un intento de pulir variantes originales. Sin embargo, no cabe la menor duda de que los efectos de estos versos son deslumbrantes para este lector o como lo ha expresado el sobredicho poema: "son esos poemas oscuridad a los ojos".

Limaduras del sol es un libro muy desigual por sus altibajos estéticos con titubeos formales y balbuceos que revelan un lenguaje no muy bien consolidado todavía. Se destacan varios ejemplos de brillo aislado junto con un impresionante virtuosismo surrealista en que el poeta juega con el espacio, los colores y emblemas simbólicos, los sonidos (ie. onomatopeya), lo grotesco, y la alusión, más distintas formas como el poema en prosa, sin que (sino en contados poemas tales como su homenaje a Mallarmé llamado "El nenúfar blanco" o en "Fábula" y quizás "Paredón y sentido") logre equilibrar, de una manera satisfactoria, la forma y el fondo del poema. A pesar de lo que acabo de decir, percibo un talento indiscutible que puede plasmar en el futuro poemas e inclusive libros de mayor calidad y una hechura más cuidadosa.

Darío Jaramillo Agudelo, 77 poemas.

Bogotá, Universidad Nacional
de Colombia, 1987.

Fernando Charry Lara
Bogotá

La obra poética de Darío Jaramillo Agudelo se inicia en un conjunto que llevó por nombre *Ohhh* (¿referencia al *Aullido* de Allen Ginsberg o, humorística, a la primera palabra del himno patrio?), aparecido en 1970, que recogió los poemas aurores de varios jóvenes colombianos de ese momento. Y también, en ese año, en la *Antología de una generación sin nombre* publicada en Madrid por Jaime Ferrán dentro de la "Colección Adonais". Más adelante se dieron a conocer sus libros individuales: *Historias*, en 1974, en parte traducido al inglés como *Poetic Corner; Tratado de retórica* en 1978, señalado con el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, y en 1986 *Poemas de amor*. La Universidad Nacional los ha reeditado ahora con el título de *77 poemas*. Sus amigos distinguen a Jaramillo Agudelo como incansable devorador de novelas, poesía e historia. Se ha definido a sí mismo: "Un lector vicioso, maniático, perfeccionista y prejuiciado, como yo...". La formación académica guía esas lecturas. Su labor de poeta la complementa con estrictos y novedosos juicios críticos. La cátedra universitaria le ha sido ocupación constante. Lo dicho bastaría para definir el cimiento culto que sustenta su construcción poética.

Entre las varias tendencias que alrededor de ese mismo año de 1970 se presentan en la poesía colombiana, los poemas de Jaramillo Agudelo se han tomado como adictos a la llamada "antipoesía". Ese encasillamiento sólo en parte irá a ser justo. Ya que el avance de su escritura, desde las primeras hasta las recientes composiciones, muestra inclinación hacia maneras que de ordinario se juzgan poéticas en menoscabo de las consideradas como características de la antipoesía. Esta asume la irreverencia o el sarcasmo contra aquello que se propone censurar. En Colombia se han dado de tiempo atrás muestras valiosas de ella. Se citan como ejemplares la "Sinfonía color

de fresa con leche" que escribió José Asunción Silva desestimando el preciosismo de algunos poemas de Rubén Darío y los versos antirrománticos y antimodernistas (en lo que el Modernismo tuvo de exótico y decorativo) de Luis Carlos López. Dentro de la generación a que pertenece Jaramillo Agudelo tales antecedentes respaldaban la simpatía de varios de sus integrantes por una nueva ola de antipoesía que se dio entonces en países hispanoamericanos y en España. Pero en tal preferencia se mostraron, sin embargo, manifestaciones diversas. Los antipoemas de Nicanor Parra, por ejemplo, alcanzaron a plantear, desacralizando de algún modo la poesía con la invasión de lo prosaico, la enajenación del ser humano frente a la injusticia y el sinsentido de la historia contemporánea. Los antipoemas de Jaramillo Agudelo concentran su actitud crítica en terreno exclusivamente literario: contra lo preconcebido como poético y en desdén hacia el carácter ritual que una larga tradición atribuye al ejercicio del verso. No existe, como en Parra y en poetas de esta misma línea, la impugnación del absurdo y los errores que envilecen al hombre en nuestra sociedad. Se trata del intento de llegar a otra concepción de la poesía a sabiendas, no obstante, de la insuficiencia de comunicación del lenguaje, que se entendería como su virtud insoslayable. No un enfrentamiento con las instituciones, las costumbres, los confinamientos. Sino la pretensión de que el habla poética, desnuda de verbosidad y de artificio, recupere su esencial inocencia. Su dicción elemental, que le parece ser su dicción propia. Que vuelva a ser "una forma callada" o aquel silencio que, según dice, es "la música del tiempo".

Pero Jaramillo Agudelo, que no cesa de reconocer en la poesía una "batalla de palabras cansadas", sabe también que, en consecuencia, se la debe refrescar por medio de la sensación directa. Capaz de transmitirnos lo que en ella, correspondiendo a emoción auténtica, es siempre inefable. De ahí sus obsesiones en aquella sección que irónicamente llamó *Tratado de retórica*. Las cuales hacen que ellos puedan advertirse, con frecuencia, como minuciosamente elaborados dentro de una forma perfecta. Un indicio sobresaliente: la manera como el último verso de cada composición se presenta muchas veces como su resumen o justificación. Algo de ello debió aprenderlo de una lectura predilecta suya: la de Jorge Luis Borges. Que se refleja, no en temas ni procedimientos particulares de expresión, sino en el aire decidida-

mente meditativo que circunda el poema. A la cascada de imágenes de Huidobro o a la voz sonámbula de Neruda, poderosa de sustancia física invasora, se prefieren ahora otras que, como la del autor de *El otro, el mismo*, conmueven también a través de la inteligencia. Y dan una pauta de medida, de afinación, de sabiduría verbal. De ahí ese mundo de referencias culturales que es escenario natural de la poesía de Jaramillo Agudelo. Los monólogos de sus biografías imaginarias de escritores, valiéndose de intercalar frases de ellos (Seymour, Blaise, Cendrars, Marcel Schowb, Graham Greene), le sirven no sólo como recreación de complejas personalidades sino para ahondar en sí mismo y develar aspectos de la suya propia. Y así mismo traza la confesión verosímil de personajes como Job, Heráclito o Platón, de un poeta como Miguel Ángel Osorio y de narradores como Felisberto Hernández, Scott Fitzgerald y Jérôme David Salinger. Ofreciendo, así, una relación nueva entre vida y creación literaria.

Cada vez, al avanzar por estos 77 poemas, se siente más el desalojo de la antipoesía en beneficio de la poesía. El paso de la crítica al lirismo. Las nostalgias de la infancia, del recuerdo, de los cuerpos que ha sido aquel mismo cuerpo cuya mano ahora los escribe. La otredad, con la certeza de todo lo que ahora se presenta es ajeno y de que "hay alguien dentro de mí perdido". Una como sensación de sueño que sueñan seres ausentes. Sombras, más que seres reales, vagan impalpables por la memoria. Una lluvia nocturna se desata silenciosa sobre sus palabras. No se hablaría de que se presenta con estas preocupaciones, al cabo, una decepción de la antipoesía. Sino que, bien mirada ésta, se la toma como etapa de la tarea de Jaramillo Agudelo que había dado ya su fruto y quedaba por tanto superada. Es posible establecer tal conjetura si se piensa que ninguna línea de estos poemas deja de ser lúcida. Ni siquiera aquella experimentación en la escritura automática que parece ser la página titulada "Relato". Y vigilantes de muchos riesgos, más acaso que otros, son sus intensos poemas amorosos. Porque Jaramillo Agudelo discurre una vez que "nada hay más efímero que el lenguaje de los sentimientos". Recordando igualmente que Baudelaire escribió: "La sensibilidad del corazón no es absolutamente favorable al trabajo poético. Una extrema sensibilidad puede llegar a anularlo". Lo cual, por fortuna, no cabe sospechar de esta hermosa y reciente estación de su poesía.